

El 92, una ocasión cultural

JAVIER
TUSELL

En principio podría pensarse que una cuestión como ésta ni siquiera sería preciso plantearla: resulta evidente que la fecha de 1992, que nos va a otorgar un protagonismo de primera magnitud en el mundo, tiene un significado básicamente cultural. Pero ¿es verdaderamente necesario decirlo, si parece tan obvio? Me temo que es efectivamente así, porque, por lo que hasta ahora sabemos, resulta por lo menos dudoso que la que es efectivamente una ocasión especialísima, casi irrepetible, pierda su sentido por vericuetos en principio impensables.

El Quinto Centenario del Descubrimiento de América (o, si se quiere, del encuentro entre dos civilizaciones) conmemora, ante todo y sobre todo, un acontecimiento cultural. Eso quiere decir, en primer lugar, que se refiere no a cualquier tipo de acontecimiento, ni tampoco a un futuro, sino a un hecho del pasado. Por tanto, parece evidente que se debiera insistir en el tratamiento cultural de la efeméride, al margen que se procure también darle una dimensión relativa a su impacto sobre el presente y el futuro de la Humanidad. Ahora bien, si uno pasa la vista por la información de que hasta el momento actual disponemos, parecería que la celebración se va a volcar casi exclusivamente hacia el futuro y, además, va a ser un acontecimiento en sí más que la conmemoración de un hecho del pasado; por si fuera poco, el aspecto cultural se va diluyendo en beneficio de la búsqueda de una supuesta «popularización» de lo que el Descubrimiento significó. **P**or supuesto, nada puede haber en contra de la voluntad de mostrar los descubrimientos de este próximo fin de siglo, y menos aún de que este conocimiento del significado de 1492 llegue a amplias capas de la población. Pero, al margen de las dificultades que pueda tener la primera empresa, existen otros dos problemas complementarios respecto de ese género de planteamiento: la «popularización» puede concluir por reducir a la nada la condición cultural del acontecimiento y puede tener como consecuencia una desnaturalización radical del mismo.

Sorprende, por ejemplo, comprobar que por el momento se sabe muy poco o nada en absoluto acerca de lo que tendría que ser un elemento clave en la conmemoración. Nada más lógico que una magna exposición acerca de la época de los descubrimientos sirviera para acercar al visitante a la real significación de aquel acontecimiento. Pues bien, nada se sabe sobre el particular. ¿Quién va a organizar esa exposición, qué piezas van a estar presentes en ella, qué criterios se van a seguir al respecto? Nada se sabe y, lo que es peor, es ya demasiado tarde como para que se pueda hacer algo que verdaderamente merezca la pena a estas alturas. La sensación que el espectador tiene desde fuera es que se ha pensado que ese género de actividad resulta, en primer lugar, tan obvia que ni siquiera debe ser intentada y que, además, se puede conseguir un efecto mucho mayor sobre amplias

capas de población por otros procedimientos. Hace unos días se publicaba en la prensa una noticia casi estremece-dora. Al parecer se está prestando ayuda para la realización de una superproducción cinematográfica de la que no se espera sea gran cosa, desde el punto de vista artístico, pero sí que llegue al gran público. Una y otra cosa no son incompatibles, pero la prioridad concedida a esa superproducción y la decidida voluntad de rebajar el nivel para acceder al gran público, incluso con gastos ingentes, plantean el interrogante sobre el criterio que preside toda la conmemoración. No se consigue que la opinión pública de todo el mundo considere relevante el papel de España en la Era de los Descubrimientos mediante el cine «histórico» subvencionado, sino influyendo en quienes puedan, a su vez, influir para que se considere imprescindible respetar la verdad histórica. Por eso, menospreciar

el valor de lo propiamente cultural no es solo desnaturalizar la conmemoración, sino al mismo tiempo privarse del mejor instrumento para potenciar esa significación española del mismo.

Hay otro factor que también merece consideración. Si se lee la propaganda de la Expo-92 se encontrará una frase que resume uno de los más graves peligros que la amenazan y que ya ha sido mencionado: «De Colón al "Columbus"», proclama orgullosamente el folleto. Pero el segundo parece haber interesado muchísimo más a sus redactores que el primero. La mejor prueba de ello es que se nos recuerda la inminencia del próximo milenio y se nos prometen todo tipo de sensaciones al descubrir las maravillas recientes de la inventiva humana, incluso aquellas que ni siquiera pueden ser mencionadas porque todavía no han llegado a ser imaginadas (sic). Eso nos puede conducir a convertir la Expo en algo así como una especie de Disneyworld con leves pinceladas culturales.

Pero todavía hay más. El folleto, con seguridad autosatisfecha, promete «la más potente oferta cultural del siglo». La frase no tiene desperdicio por su pretenciosidad y desmesura. Por supuesto, es bien fácil organizar unas actividades culturales brillantísimas en Sevilla en 1992; sólo hace falta desembolsar un presupuesto proporcionado a ellas. Pero el interrogante que se plantea a continuación es el siguiente: ¿qué sentido puede tener la organización de una gran temporada de ópera en Sevilla en esa fecha? ¿Tiene eso algo que ver con el Descubrimiento? ¿Qué quedará después de esa temporada como infraestructura cultural estable? ¿Qué hábitos culturales habrá creado y qué conocimientos habrá dejado en el público interesado? Infinitamente más importante que eso es, por ejemplo, reformar y dotar las enseñanzas musicales en España. La política cultural es cuestión de prioridades, y esto también vale para el Quinto Centenario, que preocupa por la falta de criterio que a menudo testimonia. Por supuesto, hay también proyectos muy prometedores. En principio, todos aquellos que pretenden la popularización a ultranza mueven a la prevención: me parece que eso de organizar expediciones en barco de chicos de Bachillerato a América hispana, aparte de ser muy caro, dejará un poso muy limitado. Pero, en cambio, los proyectos del pabellón español en el terreno cultural parecen adecuados. Se pretende organizar una exposi-

«Por supuesto, hay también proyectos muy prometedores. En principio todos aquellos que pretenden la popularización a ultranza mueven a la prevención. Pero los proyectos del Pabellón Español en el terreno cultural parecen adecuados»





Un cuadro no es, en principio, un objeto transportable, y menos aún cuando se trata de unas aptitudes del tamaño y la significación del «Guernica», de Picasso, o «Las lanzas», de Velázquez, aunque hubiera una importante razón cultural que lo justificara.


ción de arte español y también un ciclo de conferencias que constituyan una especie de balance intelectual del mundo ante el fin de siglo, así como una reunión auspiciada por las principales revistas de interés cultural general del mundo sobre eso que podríamos denominar el Estado democrático universal, que parece apuntar ahora como solución comúnmente aceptada por todos en esta hora de la Humanidad. Hay también el proyecto de presentar alguna exposición acerca de la imagen de España vista por observadores extranjeros. Son proyectos sugestivos que pueden resultar mejor o peor, pero que están bien orientados.

No estoy seguro, en cambio, que se pueda decir lo mismo del programa «Madrid, Capital Europea de la Cultura», que se va a celebrar en ese mismo año 1992. Si uno repasa la información de los actos que la propia organización ofrece al respecto ve aumentar sus incertidumbres y no aprecia, además, un hilo conductor del que pueda decirse que tiene una lógica interna evidente. Es cierto que se nos dice que Madrid para estas fechas estará dotada de unas infraestructuras culturales nuevas: se completará, por ejemplo, el panorama de los museos de la capital con el Palacio Villahermosa, el Museo de la Ciudad y el Palacio de Linares. Lo paradójico del caso es que la legislación vigente para hacer viable esta capitalidad europea de la cultura no supone ningún incentivo fiscal a las infraestructuras. En cuanto a las actividades programadas, lo que les caracteriza es la extremada imprecisión de las que se anuncian. Se nos prometen exposiciones, debates, conciertos, etcétera, pero todo eso queda en un limbo de buenas intenciones que ni siquiera permite emitir un juicio por su misma imprecisión. Lo que asombra es la falta de lo específicamente madrileño en este programa. Organizar, por ejemplo, una exposición de pintores de Madrid no reviste originalidad alguna; hubiera sido deseable, en cambio, presentar alguna otra que presentara la capital de España y su significación cultural en un tramo de su historia pasada.

Pero si los casos mencionados demuestran desorientación, hay otros en que el juicio debe ser más duro todavía. En este último caso lo cultural parece subordinado a algo que no tiene nada que ver con ello, y además se corre el peligro de que los intereses del primer tipo corran peligro precisamente por esa subordinación. La prensa acaba de informar del comienzo de las obras de construcción, en Barcelona, de un edificio idéntico a aquél que, en la Exposición Internacional de París, celebrada en 1937, acogió el pabellón que representaba a España. El propósito, al parecer, se conecta con la celebración en la capital catalana de las Olimpiadas y viene a constituir algo así como una especie de programa cultural complementario de lo que va a ser, obviamente, una celebración deportiva. Parece correcto y deseable que exista la citada complementariedad. A fin de cuentas, una Olimpiada es un acto de fraternidad universal y con esas precisas palabras fueron resumidos los propósitos de la Exposición de 1937.

Sin embargo, ahí concluyen las razones que pudieran justificar la reconstrucción del pabellón. Importa señalar que el propósito que guió a quienes pusieron en marcha la citada Exposición fue construir al lado de la ciudad

«La "popularización" puede concluir por reducir a la nada la condición cultural del acontecimiento y puede suponer una desnaturalización radical del mismo. Eso nos puede conducir a convertir la Expo en una especie de Disneyworld con leves pinceladas culturales»



«Mi conclusión acerca de esta ocasión cultural que es 1992 no puede ser muy optimista. Tengo la sensación de que, una vez más, se va a perder una gran ocasión. Va a ser mucho lo que se haga, pero no siempre será ni lo más oportuno ni lo que a medio plazo hubiera podido ser más conveniente.»

antigua (el París de la época) otra que tuviera la condición de voluntariamente efímera y que como tal desapareciera una vez concluida la Exposición. El pabellón español, obra de Sert y Lacasa, desde el punto de vista arquitectónico, resulta muy interesante, pero fue construido exclusivamente para la duración de la Exposición, de tal manera que el pretender ahora, cuando ni siquiera existen planos de él, copiarlo, sobre ser muy difícil, traiciona el objetivo de los arquitectos que lo imaginaron; la traición va a ser doble, puesto que los materiales ni siquiera van a ser aquellos que en su día se pensaron para el edificio.

Pero, además, ¿tiene sentido esa reconstrucción en Barcelona? No hay absolutamente ninguna razón que lo justifique, ni tampoco ningún paralelismo, por remoto que pueda imaginarse, que autorice a poner en relación la celebración de las Olimpiadas con la Exposición Universal de 1937. Muy

probablemente la capital catalana tiene muchas otras necesidades de carácter cultural diferentes de la construcción de un edificio como éste. Más todavía: ni siquiera tiene sentido recrear el continente de dicho edificio durante 1937. Aquélla era una ocasión trágica para los españoles, divididos por una guerra civil. Quienes han estudiado las obras de arte que alojó el pabellón español han llegado a la conclusión de que éste fue, todo él, un cartel publicitario de la causa republicana. Es lógico que así fuera, dadas las circunstancias, pero eso no quiere decir necesariamente que la obra expuesta fuera meritoria. Por supuesto la hubo, e incluso fue excelente, pero también abundaron las muestras de pura propaganda. Todavía tendría sentido reconstruir el contenido del pabellón, es decir, las obras de arte exhibidas en él, pero lo ha perdido por el simple hecho de que eso ya se hizo hace algunos años en una exposición muy interesante, pero que ha hecho perder cualquier tipo de sentido a una reconstrucción como la que ahora se intenta.

Pero hay todavía algo peor que hasta el momento no se anuncia formalmente, pero de lo que corren noticias en los mentideros. Al parecer, se intentaría con esta ocasión mostrar el pabellón en su plenitud y con el máximo esplendor, y esto querría decir que se obtendrían copias de las piezas que allí fueron exhibidas y, sobre todo, que allí sería trasladado el «Guernica» de Picasso. A este propósito hay que oponerse enérgicamente porque choca frontalmente con los intereses y los compromisos adquiridos por el Estado español y con lo que el cuadro representa para todos nosotros. No cabe la menor duda de que el cuadro resultaría un tema de atracción cultural importante, pero sucede que los intereses de este tipo no pueden, bajo ningún concepto, someterse a otros, por muy importantes que éstos puedan resultar en apariencia. Un cuadro no es, en principio, un objeto transportable, y menos aún cuando se trata de una pintura de tal tamaño y de tan importante significación. «Las lanzas» no se debe trasladar, como tampoco «El entierro del conde de Orgaz», ni tan siquiera en el caso de que hubiera una importante razón de tipo cultural que lo justificara (por ejemplo, una magna exposición de Velázquez o El Greco). Menos razón existe

aún para trasladar el «Guernica» como acompañante de un evento que puede ser todo lo importante que se quiera, pero que ni remotamente autoriza un traslado como éste, que inevitablemente conlleva peligros de todo tipo.

Pero hay otros dos factores que contribuyen a hacer pensar que la idea citada es desacertada. «Guernica» evoca un acontecimiento concreto lo suficientemente lacerante como para haber sugerido a Picasso pintar sobre el particular y como para pensar que de haber un traslado temporal (que, en mi opinión, debiera evitarse a toda costa) éste habría de producirse a la ciudad vasca que sufrió el bombardeo de alemanes e italianos. Y, en fin, hay otra razón que abona el rechazo de ese proyecto. En el momento en que se trajo el «Guernica» a España, quienes tuvimos el honor, junto con otros muchos, de colaborar en aquella tarea de recuperación de una porción de nuestro patrimonio artístico, aseguramos al Museo de Arte Moderno de Nueva York que nuestro propósito era que aquél fuera el último viaje del cuadro, que además quedaría alojado allí donde Picasso había querido, es decir, en el Museo del Prado. El proyecto de traslado del «Guernica», en un momento en que se va a cumplir el décimo aniversario de su llegada a España, resulta contradictorio con el compromiso, al menos moral, que adquirió el Estado español en aquellos momentos. Por si fuera poco, va en contra de los propósitos de Picasso, claramente expresados y que, precisamente porque lo fueron en su día, permitieron que su cuadro pasara a engrosar el patrimonio artístico español. Si ya la reconstrucción del pabellón español en la Feria de 1937 parece un propósito poco sensato, llevar a cabo su inauguración con la presencia del «Guernica» constituye un error carente de toda justificación y peligroso porque pone en peligro una pieza del máximo valor en las colecciones públicas de pintura española.

mi conclusión acerca de esta ocasión cultural que es 1992 no puede ser, por tanto, muy optimista. Tengo la sensación de que, una vez más, se va a perder una gran ocasión. Va a ser mucho lo que se haga, pero no siempre será ni lo más oportuno ni lo que a medio plazo hubiera podido ser más conveniente. Como todavía es tiempo para que las cosas cambien, debe decirse y procurar rectificarse.

